

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,
Que el sol tiende en la bóveda azulada
Al ocultar su lumbrera soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente
Su luz sepulta al fin su última estrella;
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces escuchar en la espesura
De la paloma la sentida queja,
Que mas que la expresion de su ternura,
Un lamento trístisimo semeja.

Y al jilguero cantor que se extremece
Al desatarse en dulce melodía,

Y que desde la rama en que se mece,
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado
Con que su amor tu compañera llora,
El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores
Sin que te pesen importunas leyes,
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes.

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura,
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

JOSÉ RAMON YÉPES

Nació en Maracaibo el 9 de diciembre de 1823.

Yépes es uno de los marinos mas distinguidos de Venezuela.

Como poeta, Yépes ha lanzado al viento, sobre el azulado loino de los mares ó en las inmensas soledades del desierto, docenas de cantares, dulces como la voz del ruiseñor, tristes como las noches de luna en medio del Océano, tiernos y dulces como el acento de la mujer que se ama. Pero si Yépes ha expresado en cadenciosos versos los mas íntimos sentimientos del corazón y las mas bellas aspiraciones del alma, también para ensalzar las glorias de la patria, cantar la libertad ó anatematizar la tiranía, ha hallado acentos terribles como el fragor del huracán desencadenado en mitad de los mares, como el estruendo de la catarata que se despeña espumosa, como la voz imponente de las florestas americanas.

Á MI AMIGO M. HENRIQUEZ

EN LA MUERTE DE SU HIJO

I
Á cada risueño amor
Con que el hombre se engalana,
Digo temblando : mañana
Hay que llorar un dolor.

Pues bien y mal de tal suerte
Tienen su peso y medida,
Que un paso dado en la vida
Es un paso hácia la muerte.

Pero allí do se derrumba
El hombre, tras honda pena,
Y la universal cadena
Parece rompe la tumba,

No hay mas que un oscuro velo
Que oculta de varios modos
La luz que buscamos todos
Entre los soles del cielo.

Flor de purísima esencia
Fué tu niño, y me imagino
Que apresuró su camino
Por conservar la inocencia.

Pues que cualquiera lo acierta,
Ó lo sabe, ó lo presume :
Pierde la flor su perfume
Al vendaval entreabierto,

II
Yo no conozco una historia
De mas dulce consonancia,
Que la historia de la infancia
En el libro de la gloria.

Pero, á la verdad, ninguna
Otra mejor nos advierte,
Que es esclavo de la muerte
El hombre desde la cuna.

Con esa cifra, que alfombra
Al mundo, nació tu niño,
Risueño copo de armiño
Que se deshizo en la sombra.

Mas también por ella unida
Nuestra angustia á la esperanza,
El hombre llorando alcanza
La eternidad de otra vida.

En esa mar sin ribera
De tan infinita calma,
El llorado hijo del alma
Tus bendiciones espera.

Que del hombre el desconsuelo
Así Dios al bien aduna :
Fija una escala en la cuna
Para levantarlo al cielo.

LOS DOS ANGELES

Quiso calmar el cielo la memoria
De tu mortal martirio,
Y te dió, como un gaje de su gloria,
Otra perla, otro lirio.

Pero ese nuevo amor que el llanto sella
De una tumba sombría,
Era un angel tambien, era otra estrella,
Otra dulce María.

Bien lo dijo la flor del arroyuelo
Cantando una mañana :

« La segunda María se irá al cielo
Como su tierna hermana. »

Así fué que al oír el triste llanto
De toda la campiña,
« ¡ Ya se hundió, dije trémulo de espanto,
Esa segunda niña ! »

¡ Alienta, pobre madre ! No hay bendito
Martirio sin su palma :
Á mí tambien me guarda el infinito
Dos hijos de mi alma.

NIEBLA

Cogiendo flores en la campiña,
Mas vaporosa que el aura leve,
Aquella dulce, risueña niña
Vió una mañana
Dos nubecitas color de nieve,
Que se fiñeron color de grana.

« Quiero ser nube, dijo la niña,
Mas vaporosa que el aura leve. »
Y con las flores de la campiña,

Cintas y galas,
Y con sus velos color de nieve,
La dulce niña formó sus alas.

Cuando en los huertos de la campiña
Y al viento leve de la mañana
La pobre madre buscó á su niña,
¡ Ay !... en su anhelo
Vió que entre nubes color de grana
La dulce niña volaba al cielo.

PLEGARIA

Dios, venero fecundo
De infinita bondad, derrama pío
Sobre este frágil ser venido al mundo,
El misero hijo mio,
Las felices y santas bendiciones
Que encierran los humanos corazones.

Derrama en su camino
Bálsamo de virtud, sombra de calma,
Que adorándote cumpla su destino
El hijo de mi alma,
Que nunca olvide en el afán del hombre,
¡ Oh, Providencia ! tu divino nombre.

• Que de mi hogar tranquilo
Honra y felicidad perenne sea ;
Y roto al fin de mi existencia el hilo,
Á la lumbre febea
Murmure en mi sepulcro esos acentos
Que á ti llegan en alas de los vientos.

Tú que á volar enseñas
Desde su nido al blando pajarillo,
Tú, poder inmortal, que no desdenas
El acento sencillo,
Ni la vótiva ofrenda, ni las flores
Que en su vellon te ofrecen los pastores ;

Escúchame propicio,
Protege á mi naciente pequeñuelo ;
Si para ser feliz un sacrificio
Demanda el alto cielo,
Yo me ofrezco por victima. Culpable
He sido mucho y nécio y miserable.

Dáale luz á su mente ;
Pero luz de verdad que un dia alumbre,
Siquiera en el hogar de nuestra gente,
Tras honda servidumbre,
Los mentirosos ídolos que adora,
Al ruido de la guerra destructora.

Fé te pido sincera
Para su corazon : ampara, escuda
Su divina creencia. Cuando impera
La desolante duda
Y la santa virtud yace en olvido,
Para este pobre niño fé te pido.

En los dias risueños
De nuestra juventud torpe, ilusoria,
Vive loco el espíritu de sueños
Cuya luz es la gloria
Como la entiende el alma degradada :
Insensatez y ruidos, humo, nada....

Y, pues, que yo sin miedo
Culto presté tambien á ese delirio,
Á cuya voz aun hoy, misero, cedo
Y es mi mayor martirio,
Que el hijo mio de esas glorias huya....
No hay mas gloria, Dios mio, que la tuya.

Padre inmortal, inspira
Tras largo insomnio en noche solitaria,
Á mi espíritu ardiente que te admira
En trémula plegaria,
La paz, la dulce paz, hija del cielo,
Que necesito en mi constante duelo.

Á LA NIÑA E.

Sabiendo un dia, modesta niña,
Que en urnas rojas como el coral
Iban los silfos de la campiña
Buscando flores para tu altar,

Tomé las señas, seguí el camino,
Pues yo buscaba flores tambien,
Ya que las flores de mi destino
Se marchitaron en la niñez.

Cuando á la margen de un arroyuelo
Danzando alegres con ellos di,
Todos alzarón el blando vuelo
Sobre una nube de oro y márfil.

Quedéme triste con mis dolores
Viendo á los silfos raudos volar,
Llenas sus urnas de bellas flores,
Mientras lloraba mi soledad.

Dulce paloma de extraño suelo,
¿ Piensas que el cielo me abandonó ?
Siempre en mis cuitas me ampara el cielo :
Do quiera, niña, se encuentra Dios.

Y en aquel sitio de alegre danza
Por un olvido quedó, tal vez,
La florecilla de la esperanza
Que hoy, como ofrenda, pongo á tu piés.

MI FÉ DE NIÑO

Bajo el amparo del amor divino,
Con que se nutre el corazon cristiano,
Suelto mi voz, como el terral marino
Murmura triste en el bosque indiano.
Á solas con mi fé voy peregrino,
Entre las sombras del saber humano,
Buscando el dulce suspirado puerto
Con calma sí, pero con rumbo cierto.

Á solas con mi fé do quiera siento
Del alto nimen el poder sublime,
Ya cante con altivo pensamiento,
Ya flore con el duelo que me oprime :

Á solas con mi Fé buseo sediento
Una sola esperanza que me anime,
Y la encuentro tranquila y solitaria
En la trémula voz de mi plegaria.

¡ Santa, tres veces santa la bendita
Sencilla religion : puro arroyuelo
Que su mansa corriente precipita
Á través del mundano desconsuelo :
Nuncio feliz de paz, voz infinita,
Que resuena en los ámbitos del cielo,
Y escucha el hombre en su penar profundo
Mientras va caminando por el mundo !

Niño, muy niño, en mi inocencia pia
La simiente de Dios brotó en mi pecho,
Y á Dios casi llorando le pedia
Paz en mi sueño sobre el blando lecho.
Ella, mi único amor, la madre mia,
Cuando bramaba el temporal deshecho,
Tambien oraba con afan prolijo
Á Dios pidiendo por su débil hijo.

Creció el niño despues; con pié ligero
La senda del pesar fui caminando:
Con aliento y valor seguí primero,
Despues con tardo paso suspirando;
La gloria, ese magnífico venero,
Que el corazon anhela palpitando,
Con sarcasmo la ví descolorida
Tras el cansancio de la estéril vida.

¡Oh! que es triste, muy triste en la mañana
De nuestras encantadas ilusiones
Palpar la realidad, miseria humana
Amasada de impúdicas pasiones;
Sentir cómo se apaga soberana,
En medio de las danzas y canciones,
Esa llama inmortal de la existencia:
La castidad del alma, la inocencia.

Prueba terrible para el frágil hombre,
Supremo instante en que somete á duda,
Sin que blasfemo el corazon se asombre,
Su fé que entonces se mantiene muda;
Hora menguada en que de Dios el nombre,
Postrero paladion con que se escuda,
Pronuncia nuestro labio indiferente,
Olvidando que es Dios omnipotente.

Así la vida nuestra se asemeja
Al velero y fortísimo navio,
Que la onda pura, ribereña, deja
Bajo del recio temporal sombrío;
Larga sus banderolas y se aleja
Adentro en el fragor de mar bravío,
Y á poco, sin timon, perdido vaga,
Y rebramando el mar le impela y traga.

Si entonces el mortal en su amargura
El crimen cree valor, lo cree arrogancia,
Si en medio á la corriente no procura
Por el Dios sacrosanto de su infancia,

CÁNTICO Á LA VIRGEN

¿Sabes ¡oh Madre! que en la noche umbría,
Cuando en silencio se adormece el hombre,
Trémulo el labio de esperanza pia
Canta tu nombre?

Si no quiere tenaz volver su impura
Mirada al cielo en criminal constancia,
Si el llanto no humedece su mejilla,
Ofrenda grata á Dios, pura y sencilla,

¡Ay del hombre infeliz! ¡Ay del que fuerte
Se juzga en su soberbia ó su cinismo!
Nave altanera correrá la suerte
De ser tragada por el hondo abismo.
¡Ay del hombre infeliz! podrá su muerte
Con las palmas cubrir del heroismo;
Pero serán en su terrible duelo,
El signo de la cólera del cielo.

Yo fui, Señor, en medio á mi camino
Semejante á la nave, débil pluma,
Arrastrada del recio torbellino
Rota y sin rumbo entre la hirviente espuma;
Pobre mortal, cuitado peregrino,
Volví la vista á tu grandeza suma,
Mi voz á tí la levanté postrera
Y hallé *mi fé de niño* toda entera.

Próximo á perecer, la viva lumbre
Me hirió de tu grandeza y de tu gloria;
Y se tornó mi orgullo en mansedumbre
Al suave soplo de infantil memoria:
Me alzé, Señor, del cieno y podredumbre
De la mundana vida, que ilusoria
Por la fé que de niño me quedaba
Mis instintos sublimes sufocaba.

Obra fué tuya ¡oh Dios! Padre supremo,
Esa que yo sentí dulce esperanza.
¡Ay! desde entonces el corazon blasfemo
Quedó purificado en tu balanza:
Hoy te admiro, Señor, te adoro y temo,
Cuando entono postrado en tu alabanza
El himno de mi amor, que el alma ansiosa
Encomienda á la brisa rumorosa.

Por eso á solas con mi fé camino,
Y al ver del hombre la fortuna varia,
Empuño mi bordon de peregrino
Y elevo á Dios mi férvida plegaria;
Voy entre sombras sí; mas el destino
Hará brillar mi estrella solitaria;
Y en Dios confiando con amor profundo,
Mi primera palabra daré al mundo.

¿Quién presta tonos á mi pobre lira
Mientras su voz el temporal levanta?
¿Quién estos himnos de piedad me inspira?
¿Quién, Madre Santa?

Dulces memorias los destinos míos
Guardan, dichosos de poder tenerlas,
Como se ocultan en los patrios ríos
Conchas y perlas.

Son ellas, Madre, por mi mal, perdida
Luz de otro tiempo de pasadas glorias,
Son el encanto de mi estéril vida.....
Son tus memorias.

En mi tu culto se guarece y brilla
Cual brillá el rayo de la blanca luna
Alta la noche, en la silente orilla
Do fué mi cuna.

Bien misterioso que mi pobre gente
Me dió por gaje de inmortal cariño,
Aura que orea mi abrasada frente
Desde muy niño.

Madre, así en tanto si se ven pavesas
Dentro del alma cuando triste lloró,
Nubes ligeras de pesar son esas.....
Siempre te adoro.

Siempre á tí, madre, mi destino solo
Busca, temblando con amor profundo,

LA ÚLTIMA LUNA

MEMORIAS DE UN ÁNGEL

Acude á tus recuerdos, alma mia.....
Pues tu pesar profundo
Y tus sueños de amor y poesía
Ludibrio son del mundo;
Mientras la vida pasa hora tras hora,
¡Ay, alma mía, tus recuerdos llora.....!

Era la noche. Misteriosa y llena
De murmullos y ruidos
Vagaba el aura, y pálida y serena,
Á sus ecos perdidos,
En el espacio límpido y sonoro
Se iba la luna entre luceros de oro.

El silencio es solemne en una estancia
Mansion de los dolores,
Tibia aun del vapor y la fragancia
De retamas y flores:
Todo es allí misterio y calma mustia,
Y honda ansiedad, y lágrimas de angustia.

Á la rojiza luz que, bajo un velo
De gasa, allí vacila,
Vace la niña del mirar de cielo,

Como la aguja se dirige al polo,
Norte del mundo.

Búcaro negro con claveles rojos
Puse en mis duelos, á tus piés benditos,
Llenos del llanto de mis turbios ojos,
Yacen marchitos.

¿Sabes que viendo como al fin imperan
Cruces dolores y desdichas tantas,
Mucho me asusta que mis flores mueran
Bajo tus plantas!

Iris risueño de las pardas nubes,
Voz y esperanza del humano duelo,
Santa paloma que cantando subes,
Subes al cielo.

Sea tu canto la oracion que en calma
Brotó en raudales de mi mente mustia,
Sea tu canto la oracion de mi alma
Llena de angustia.

Pues bien comprendo que en amor sublime,
Cifra y misterio de tu dulce nombre,
Mientras el mundo se querrela y gime,
Salvas al hombre.

La risueña y tranquila
Hija de estas colinas y estas lomas
Donde ocultan sus nidos las palomas.

Virgen de casta frente, que adormida
Bajo su nivea toca,
Parece que un recuerdo de su vida
Á su entreabierto boca
Sonrisas presta de infantil cariño,
Como aquellas que Dios concede al niño.

Así, cuando la luz del dia salva
El horizonte y brilla,
Se tiñe con la púrpura del alba
Oscura nubecilla;
Pero ¡ay! tras el carmin que la embellece,
Vacila, tiembla, pasa, desaparece.....

Una voz dolorosa, semejando
Á la del viento, incierta,
Anuncia que aquel ángel suspirando
De su sueño despierta.
¡Ay, cómo está de bello! ¿Quién presume
Cuando es que pierde el lirio su perfume?

« Madre, murmura al fin la dulce niña :
Huye la noche y muero;
Mas la luna es tan suave en la campiña
Que ver la luna quiero.
No llores ni me llames importuna,
Si te ruego me dejes ver la luna. »

En aquella mansion de los dolores,
Aun llena de fragancia,
Reinó nuevo silencio; y, cual las flores
Marchitas en la estancia,
Las dos unidas en abrazo estrecho
Inclinadas lloraban sobre el lecho.

Muda mas que el dolor sin esperanza,
Medroso el pié y sombría,
A una doble cortina se abalanza
La madre en su agonía;
Y, al descorrer temblando, el débil broche
Entró en la estancia el viento de la noche.

Y con él los tristes reflejos,
Sombras y tenues brillos
De la luna asomaron; y á lo léjos
Sus velos amarillos
Daban á los lugares solitarios
El pavor y la luz de los santuarios.

LA GOLONDRINA

Ave de las negras plumas,
Golondrina,
Que rasgando las espumas
Vas bebiendo en curso vago
El agua del patrio lago
Cristalina.

Ave de rápido vuelo,
Que improvisas
Un viaje al azul del cielo,
Y al ver las campestres galas
Vuelves al campo las alas
Indecisas.

Tú que cruzas de ola en ola,
Palpitante,
Sin que mire una vez sola
Con quien loca te entretienes,
Porque alegre vas y vienes
Delirante.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado,
Que, como tú, fugitivo,
Tambien puedo alzar mi altivo
Pensamiento!

« Dios te bendiga! » Con suspiro vago
Grita la niña, y queda
Como nacen los junco sobre un lago :
Medio inclinada, y leda
Mirando pensativa la campiña,
Daba miedo el placer de aquella niña.

¡Ay! el último fué. — Tranquila quiso
Sonreír á la muerte
Cuando en aquella hora, al improviso,
Sintió su soplo inerte,
Y envuelta en sombras, trémula, espirante
Ansiaba ver la luna en ese instante.

Y como la tiniebla se extendía
Cada vez mas profunda
Para la pobre niña, parecía
Que, á tientas, moribunda,
Buscaba con sus manos, sobre el velo
De la rojiza luz, la luz del cielo.

Así, llena de amor y mansedumbre,
Espiró la modesta
Encantadora niña. — Á la quejumbra
Del viento, en la floresta,
Llorando recordé tan triste historia,
Que es ¡ay! de un ángel la postrer memoria.

Siempre haciendo en rauda giro
Loco alarde,
Arecilla, yo te miro
Cómo bajas, cómo subes,
Ya en el viento, ya en las nubes
De la tarde.

¿Es por la luz que te alegras
Incendiaria?
Ave de las plumas negras,
Al ver la estrellada alfombra,
¿Es que la noche te asombra
Solitaria?

Tan pronto en verde paisaje
Te contemplo,
Como en el seco ramaje,
Como en la fuente que corre,
Como en la parduzca torre
De algun templo.

Ya visitando los muertos,
Importuna,
Oyes los ruidos inciertos
El rumor de las ciudades.
A las tristes claridades
De la luna.

Ya, si la flor campesina
Cierra el broche,
Tú te alejas, golondrina,
Por escuchar la primera
La campana plañidera
De la noche.

Saliendo á veces del monte,
Sin fatiga
Vas derecho al horizonte
Con tal soltura y donaire,
Que no hay ave por el aire
Que te siga.

Y luego allá de las nubes,
Maravilla,
Después que tan alto subes.
Al ver que tus plumas ajas,
Cierras tus alas y bajas,
Arecilla.

Tal, siendo niño, gozando
Mi desvío,
Me divertía arrojando
Las conchas que iba cogiendo,
Por verlas después cayendo
Sobre el río.

¡Ay! entonces mi fortuna,
Mis amores
Eran el sol, la laguna,
Sus barquillas, y los nidos
En los ramos suspendidos
De las flores.

Con los niños compañeros
De mi infancia,
Trepaba á los cocoteros;
Y cuando en alto me vía
Era grande mi alegría,
Mi arrogancia.

Que acaso yo de mil modos
Me pensaba
Que era mas grande que todos,

Y de orgullo satisfecho
El corazón en mi pecho
Palpitaba.

Sueño sin luz y sin nombre,
Tan profundo,
Que lanza después al hombre,
Para realizar su instinto,
Por el ancho laberinto
De este mundo.

Sueño de ardiente cariño
Sobrehumano;
Porque es allá cuando niño,
Que se abriga en la memoria
Ese sueño de la gloria
Soberano.

¡Ah, la gloria!... es un delirio,
Luz soñada,
Que se convierte en martirio
De la frágil existencia.
¡Ah, la gloria!... es la demencia,
Sombra y nada!

Lo sé; mas volar te veo
Por la nubes,
Ave, y mi muerto deseo
Se aviva, y lloro y me afano,
Y quiero subir en vano
Cual tú subes.

Que si algo estimo esta vida
Transitoria,
Es que en mi mente se anida
La esperanza, el loco empeño
De darle cima á ese sueño
De la gloria.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado
Que á tu vuelo rauda, altivo,
Es igual mi fugitivo
Pensamiento!...